



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 11877

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Peninsula.—Un mes, 2 pts.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

VIRENES 14 DE JUNIO DE 1901

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue. Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

Aun no asamos...

No han hecho más que abrirse las Cortes y ya ha sonado la primera amenaza de obstrucción. Seguramente hay que reformar el Reglamento, porque de dejarlo como esta va a sufrir mucho la labor parlamentaria.

El primer pique lo ha motivado la comisión de actas; reservaba el Gobierno cinco puestos en dicha comisión á las oposiciones, mas pareciéndole pocos al Sr. Romero, amenazó obstruir si no se daba a las minorías más representación.

Esto no es bueno. Ya lo dicen los jefes políticos en las declaraciones que les va pidiendo un diario de gran circulación. Los representantes de las oposiciones mas extremas manifiestan que en las Cortes se malgasta el tiempo a fuerza de hablar. Esto no es nuevo; desde el diputado novel que ansia hacerse oír para sentar plaza de orador, hasta el que ya la tiene ganada en los frecuentes torneos oratorios que con motivo de las cosas mas nimias se libran en el Parlamento, no hay representante del país que no malgaste un poco del mucho á que tienen derecho los intereses nacionales. Si se necesitaba una nueva prueba que lo confirmara, ahí está el Sr. Romero Robledo que la da cumplida. Desde que perdimos las colonias está predicando que hay que aprovechar los instantes; cuando por el cambio de política quedaron inservibles las Cortes situelistas, dijo que se imponía una abreviación de los plazos para formar las nuevas; y cuando por fin se abre el Parlamento para dar cima á la abrumadora labor que sobre él pesa, se para en firme el batallador exministro y olvidando los consejos propios y las premuras que echaba de menos, amenaza interrumpir

la faena atravesando en el camino unos cuantos discursos. Y gracias que el Gobierno ha concedido lo que se le exigía: que sino cede y encomienda la cuestión á la fuerza del número, se entreda el Parlamento en una discusión interminable, precursora de la que nos va á ofrecer con motivo del dictamen de contestación al mensaje.

Ya es hora de destruir esas costumbres que nada benefician. Los oradores deben convencerse de que el país no quiere palabras sino hechos. Si hubo un tiempo en que se pagaba de discursos y seguía con atención vivísima las luchas entre los diputados, que eran al fin luchas de ideas, ese tiempo pertenece al pasado y ya no priva.

El país ha enarbolado la bandera de las economías y las quiere en todo: en los presupuestos, en las discusiones, en la prensa. Si en cuenta en un periódico un artículo que tenga más de una columna lo rechaza; al orador que le entretiene más de un cuarto de hora no le escucha; á quien ofrece una mejora y no la da enseguida le vuelve la espalda.

A fuerza de perder el tiempo en cosas inútiles, ha llegado á comprender que es necesario aprovecharlo y procura ganar lo perdido. Y como eso de las habilidades no implica economías, ni la obstrucción parlamentaria mejora los servicios, ni los discursos kilométricos proporcionan los barcos que necesita la nación para ser fuerte, no se ocupa de la labor del Parlamento en tanto no sea breve y provechosa.

Para una labor de esa índole sobra la elocuencia y basta el buen deseo y la voluntad.

CLARIN

El telégrafo nos ha comunicado una noticia que nos causa profundísima pena, co-

mo se la habrá causado al resto de los españoles. Leopoldo Alas, el sabio catedrático de la Universidad de Oviedo; el crítico eminente cuya opinión bastaba para hacer reputaciones ó hundirlas, el escritor galano y castizo cuyas obras concitarán tantos apasionados juicios, no todos informados en sentimientos de justicia, ha fallecido cuando nadie lo esperaba. Hace cuarenta y ocho horas se tuvo noticia de que estaba enfermo de mal grado, pero no de esos que se resuelven funestamente en corto plazo. Por eso la noticia de su muerte ha producido general estupor.

D. Leopoldo Alas era hombre de talento vastísimo y de una erudición grandísima. No hay periódico, de cualquiera clase que sea, que no haya honrado sus columnas con los frutos de aquella privilegiada inteligencia; y aunque su modo de hacer la crítica le granjó muchos enemigos, no han dejado éstos de reconocer noblemente la suficiencia extraordinaria del hombre sin cuyo permiso no se podía escalar impunemente el templo de las letras.

Estas están de pésame. Ha muerto Clarín. Ante su lecho de muerte cesan los rancores y empieza la piedad.

Que Dios aceda su alma en el lugar de los elegidos y la Historia escriba su nombre en la lista de los hombres que la honran.

EL OLORES DE LOS CARGAMENTOS

Los barcos tienen que llevar á lo mejor cargamentos que matan, ó poco menos.

No puede darse nada más desagradable que un cargamento de huesos; á las pocas horas, aunque el calor no sea grande, la embarcación entera está infectada de gusanos que lo invaden todo y suben hasta las cuerdas por los palos.

Otro cargamento desagradable en extremo, aun cuando á primera vista no parezca, es el de carne de coco, y podrán dar buen testimonio de ello cualquiera de los numerosos españoles que, viniendo de Filipinas, haya tenido que embarcar en alguno de los buques de la Transatlántica que llevaban ó habían llevado dicha clase de flete; la pulpa de cacao toma á los pocos días de travesía un olor entre rancio y picante que se mete en las narices y no abandona ya al pasajero en dos ó tres meses.

Todo esto no tiene nada de particular; es cosa que se comprende.

Lo verdaderamente extraño es que sustancia tan apetitosa como el café, sea precisamente la que más tienen como cargamento las tripulaciones de los barcos. Durante los siete ó ocho primeros días el olor agrada; luego empieza á cansar; y por último, si el tiempo está húmedo y la travesía es larga, el olor acaba por constituir un martirio verdaderamente espantoso. La tripulación acaba por volverse medio loca y le repugna todo alimento, porque el café llega á impregnarlo todo y á hacerse odioso.

Algo parecido ocurre con el azúcar. ¿Quién sospecha que el azúcar puede tener un olor tan fuerte? Y sin embargo es peor que el café cuando la temperatura se eleva un poco. En tales circunstancias; hay marinerío que se bebe un cartillo de vinagre con el jugo de varios limones, nada más que por ver si se quita de la boca el gusto á dulce.

La madera de pino constituye el peor cargamento de todos en cuanto á los efectos que produce en la gente que vá á bordo. Diríase que la resina penetra en todas partes.

Se llega á pensar de sed mejor que beber agua; tan acentuado es el gusto que esta toma á madera de pino, y tan odiosos se hace aquel olor y aquel gusto. Si se trata de una travesía muy larga, se tarda después varios meses en perder de la boca y del olfato el recuerdo de la resina de pino.

SALVAMENTO DE NAUFRAGOS

La «Sociedad Española de Salvamento de Naufragos» ha celebrado la Junta general anual que prescriben sus Estatutos.

Bajo la presidencia del señor marqués de Reinososa se reunió en los salones de la Económica Matritense, y el secretario general dió lectura á la Memoria-resumen de cuantos trabajos ha realizado la Sociedad en el último año y de los acuerdos que en que ha tomado parte, prestado auxilios directos con el valioso material que posee.

En el citado año ha tenido la Sociedad gran satisfacción al premiar los actos de valor y arrojo temerario realizados por los marineros de nuestras costas y por las tripulaciones de las brigadas de salvamento que

tah humanitaria Asociación sostiene en sus 52 estaciones, repartidas en el litoral de la Peninsula y Baleares.

En Denia fué salvada la tripulación del falucho «Joven Pepe», compuesto de cuatro hombres, tres más de otro falucho; en Santander, las tripulaciones de la trainera «María del Rosario» y lancha de pesca «San Francisco»; en total 13 hombres; á la trainera «Flor de Mayo», á las de los vapores «Cabo Espartaco» y «Cuco», que sumaban 30 tripulantes; en Palma, de Mallorca, á los del lanch «Virgen del Carmen»; en Gijón á cinco hombres del bergantín goleta «Juanita», en La Guardia á ocho tripulantes de la lancha portuguesa «Señora de Alivio San Torcuato»; en Lequeitio á 12 tripulantes de la trainera «San Jerónimo»; en Málaga á más de 200 hombres de la fragata de guerra alemana «Gneisenau»; en Portugalete á 17 tripulantes del vapor inglés «Propitious»; y en otras Juntas de tintos auxilios que sería prolijo enumerar.

En esta reunión se ha adjudicado también el premio instituido por el caballero francés M. Emile Robin, para el capitán y segundo del buque que realice un salvamento en alta mar, habiendo optado á dicho premio:

1.º El capitán del vapor «Bazán» don Norberto de Angueta, quien el 18 de Noviembre último, navegando de Bilbao á Hamburgo, divisó un bote con tripulación que pedía auxilio, y á pesar de la mucha mar y viento que reinaba, se dirigió hácia él logrando salvar 18 hombres, ya casi fallecidos llevándolos á Wyoynsoth. Pertenece á los naufragos á la barca francesa «Alexandre» del Havre.

2.º El capitán del vapor español «Sorantes» que el 27 de Enero salió del puerto de Bilbao con el «Vallé» y á las 12 de la mañana del siguiente día les sorprendió un fuerte temporal desfondando al segundo de dichos buques el espacio comprendido sobre la cubierta protectora y el castillo de proa, y á pesar de cuantos esfuerzos hicieron se fué á pique. Observado por la tripulación del «Sorantes» el peligro que corría, se dirigió al sitio del suceso y antes de lograr ponerse al habla se hundió el vapor «Vallé» así que del reconocimiento hecho pudiera encontrarle á ninguno de los naufragos hasta que pasado un rato descubrióse á dos millas un bote con 12 hombres de los que salvó á once. Poco después un golpe de mar se llevó al primer oficial de

persuadir á su compañero de que no tenía nada de exagerado ni de inverosímil. Koseltzoff se separó de sus soldados para ir á reunirse con los oficiales en el cuartel.

Conocióse que Koseltzoff era querido en la compañía; oyóse en seguida cómo se comunicaban unos á otros que el antiguo oficial de ella había vuelto; aquel que fué herido, Koseltzoff Mikhail Semenovitch. Algunos soldados, entre ellos el tambor, vinieron á saludarle.

—¡Hola, Obanetchuk!—le dijo el oficial—¿estás bueno y sano? ¡Hola, hijos míos!—añadió alzando la voz.

Los soldados respondieron á coro.

—¡Salud á Vuestra Nobleza!

—¡Cómo va, muchachos?

—Esto va mal, Vuestra Nobleza; el francés va ganando; tira desde sus atrincheramientos, pero no se deja ver fuera de ellos.

—Y bien, ¿quién sabe? Tal vez tendré yo la suerte de verle salir de sus trincheras. No será la primera vez que vayamos juntos y que le batiremos.

—Estamos dispuestos á hacer cuanto se pueda, Vuestra Nobleza;—respondieron muchos á la vez.

—¿Son, pues, muy valientes?

—Terriblemente atrevidos—dijo á media voz el tambor, pero de modo que pudiera ser oído, y dirigiéndose á otro soldado, como para justificar á su superior por haber empleado aquella expresión y

—He estado enfermo, mi coronel, y mi herida no se cicatrizó aún.

—Si es así, ¿por qué ha vuelto usted?—La corpulencia de Koseltzoff inspiraba desconfianza á su jefe—¿Puede usted hacer servicio?

—Seguramente; sí puedo.

—Está bien. El alférez Taitkoff le entregará á usted la novena compañía, la que ha mandado usted ya; vaya usted á recibir la orden del día, y haga el favor, al salir, de enviarme al ayudante del regimiento.

Al salir de allí Koseltzoff habiéndose podido oír que se sentía incómodo ó que estaba irritado, pero no precisamente contra su coronel, sino en particular contra el mismo y contra todo cuanto le rodeaba.